



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	46
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . .	24 reales.
Por comisionado.	26
ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.	

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

GIL BLAS POLITICO.

La semana pasada, cuando todo el mundo se desvivía por dar algo, cuando menudeaban los donativos desde un ochavo á un millon, solo á GIL BLAS, en vez de darle, le quitaron el depósito.

Era ya tarde, y el número último salió sin carácter político; y por lo mismo que no era político, le encontraron Vds. mas atento y mas fino que nunca.

Hoy tiene ya hecho otro depósito.

Hoy vuelve ya á ser político, y como es natural, cesa de ser atento con nadie.

El porvenir es nuestro.

Como ciertos jugadores, estamos á verlas venir.

¡Y vaya si vendrán!

LA REDACCION.

LA NOCHE DE ANIMAS.

Escena imponente.

Preludio.

(El teatro representa un cementerio, y sin embargo anochece. Doblan las campanas, y huele á carne muerta.)

Un difunto, que fué carlista, abriendo los ojos.— ¡Aaah, aaah! ¿Cuánto habré dormido? ¡Qué mal se está aquí! Respiremos. (Salta á tierra.)

Dos muertos (abogados).—Parece que riñen por ahí fuera. Vamos á ver si se pesca algo. (Salen del nicho.)

Un liberal del año doce.—¿Habrán cambiado las cosas? Veamos. (Idem, idem.)

Una joven.—¡Ay de mí! ¿Dónde estará mi alma? (Sale á buscarla.)

Espronceda.—¡Siempre igual! Necios hombres, inventad otras sepulturas, que aquí no caben las almas grandes. (Salta como los demás.)

Un fraile.—Treinta y dos años sin comer! ¡Esto es inaguantable! (Sale del nicho hecho una fiera.)

Un literato.—No encuentro un asunto. Este círculo es muy pequeño. (Idem idem.)

Una actriz.—¿Vamos á empezar? (Idem idem.)

Un segundo apunte.—¡Fuera!

Un diablo encarnado, á caballo en la tapia.—Me voy á divertir.

Un fuego fátuo.—Alumbraré la escena.

La tertulia.

Las campanas.—¡Dan! ¡din! ¡don! ¡dooooon!

El fraile.—¡Hola, llaman á comer! Buenas noches, señores.

Espronceda (al liberal, y señalando al fraile).—¿Aun vive esta gente? ¿En qué siglo estamos?

El liberal. (Escamado tambien).—No sé; señores, ¿En qué siglo fingimos vivir?

La joven.—En el de las luces. ¡Ay!

El fuego fátuo (que alumbraba).—En el mio.

El diablo (al paño).—¡Qué fátuo!

El carlista.—¿Dura todavía aquel estorbo?

El diablo (sonriendo).—¡Siempre!

El carlista.—Lo siento por mi cabeza, que se quedó en Morella.

El fraile.—¡Señores! ¿á qué hemos venido aquí?

Un médico.—A contemplar mi obra.

Espronceda (al fraile).—Diga Vd., padre, ¿murió Vd. de gordo?

El fraile.—No, señor; me estrangularon.

El diablo.—¡Jel! ¡je! ¡je! ¡je!

El literato.—Sois unos estúpidos. Os reís de un fraile, y casi todos habeis venido á la tumba vestidos con hábitos.

El liberal.—Ciertos cuidados de los vivos suelen desfigurar á los muertos. ¡Yo vengo vestido de miliciano! A mí se me hizo justicia.

El carlista.—Siento que no hayas traído el alma, para rompértela ahora mismo.

Los abogados.—(¡Esto vá bien!)

El liberal.—¿A que te pulverizo el cráneo?

El carlista.—Si no lo tengo.

El liberal.—Señores, este hombre es un realista.

Todos.—¡Matarlo!

El carlista.—(¿Serán brutos? ¿Pues no me quieren matar?)

El médico.—¡Yo me encargo de eso!

Los abogados.—Si hay que redactar un testamento, aquí estamos nosotros.

El literato.—Hablemos de otra cosa, sin que se ofenda nadie. ¡Que mal hechos están aquellos versos de mi epitafio!

La joven.—El epitafio es la última vanidad del hombre.

La actriz.—(¡Esta niña habla como una muger! Y qué vestido trae tan feo....) ¿Quién le ha hecho á Vd. ese velo?

Espronceda.—Señora, eso que parece un velo, es el pudor, que no muere ni con la muerte.

La actriz.—¿Quiere Vd. escribirme una pieza?

Las campanas.—¡Din! ¡don! ¡dan! ¡daaaan!

El liberal.—Parece que doblan á la agonía de un pueblo....

El segundo apunte, (al carlista).—Prevenido.

El liberal.—Parece que en esta noche espira toda una época de oscuridad y de tinieblas.

El carlista.—Pues no señor, no espira esa época. El porvenir es nuestro.

El liberal.—¡Tengo hijos que viven! ¡tengo nietos!

El fraile.—¡Nosotros tenemos apóstoles!

Espronceda.—Hombre, nos está Vd. cargando soberanamente y le voy á romper una pata si no calla.

El diablo.—¡Jel! ¡je! ¡je!

El médico.—¡Ah! Yo vengo bien informado. Yo soy un héroe y siempre he optado por morir matando. No hace aun dos meses que he cerrado el ojo y sé muy bien lo que sucede en España. El cólera hace allí estragos, las gentes se mueren sin poderlo remediar.... en fin, cuando yo no he podido salvarme, como irá la cosa! Los negocios están paralizados, los pueblos decaídos... las poblaciones hambrientas... toda anuncia un gran cambio social... esto es un hecho.

Algunos muertos.—¡Salve!

Otros.—Libertad, ¡morituri te salutant!

Espronceda.—¡Ay! ¡Esto no es vivir!

Las campanas.—¡Dón.... dán....!

El fuego fátuo.—¡Addio! (Se apaga.)

Un rayo de sol.—¡Cada mochuelo á su olivo!

Todos los presentes.—¡Esto se va! (Vuelven á los nichos.)

Voz, de lo alto.—¡Dios! ¡siempre Dios!

El diablo. (Cayendo de cabeza).—¡Ahora si que me escamo!

(Las campanas dan el último sonido. Amanece.)

Eusebio Blasco.

1.º de noviembre de 1865.

MONSEÑOR MERODE.

(Soliloquio.)

I.

«Estoy solo, absolutamente solo; de manera que es imposible estar mas solo.

Al fin puedo hablar conmigo mismo, único medio de conversacion que me resta.

Pues bien; ya que me encuentro cara á cara conmigo, voy á pedirme luz y consejo en mis tribulaciones.

He renunciado generosamente á la mano de Leonor... quiero decir, al ministerio de la Guerra, que en nombre del Dios de paz desempeñaba, y por fortuna me encuentro libre de todo remordimiento. A lo menos mi ayuda de cámara me asegura que no ha visto ninguno en mis armarios, que es donde cada uno tiene su alma.

II.

¿Será Antonelli mi enemigo? El es de mi oficio... y esto ya es un dato.

¿Por qué me ha dejado nadar, nadar, y se ha ido dejando abandonada mi ropa en la playa?

No sé.

Yo admiraba la resignacion de mi compañero siempre que me veia tomar una medida para él desagradable.

Yo admiraba la paciencia con que me dejaba hacer. Así ha conseguido hacerme imposible en el mando y libertarse de mí...

¡Oh Señor de cielo y tierra! con paciencia y resignacion, virtudes eminentemente cristianas, ¡qué buena política se puede hacer!

Lo veo y lo reconozco: las virtudes se pueden emplear como zancadillas ministeriales... Ahora admiro mas que nunca la utilidad del cristianismo.

No se me olvidará la lección. Juro ser virtuoso mientras viva en este miserable valle de púrpuras y ministerios.

III.

¡Yo que imaginaba formar un magnífico ejército!

¿No sería vergonzoso que el gobierno de Roma tuviese que componer sus regimientos solamente de romanos como el vulgo de los reyes?

Yo iba á hacer un ejército de suizos, cosacos, turcos, griegos, polacos, croatas, húngaros.

¡Qué gloria ver á todas las naciones representadas en las falanges militantes del trono romano!

¡Y qué gente la mía! ¡Hombres todos probados en la adversidad; todos víctimas de los códigos inventados por gobiernos mundanales!

Y que estaba á dos dedos de la restauracion de Francisco, de Roberto, de Leopoldo...

¡Francisco he dicho!

IV.

¡Francisco has dicho, Merode!

Hasta ahora parecia que todo lo recibia por amor de Dios, pero...

Pero, ¿qué queria de mí esa gente.... augusta?

¿No hice desmentir por los periódicos mis relaciones con esos pobres bandidos que se desviven por conservar á la clásica Italia su colorido tradicional?

¿Qué es eso? ¿Hasta los ex-reyes hacen ascos á la bella antigüedad? ¿Querrán una Italia sin bandidos? Pues entonces ¿quién defenderá el absolutismo? ¿Quién nos distinguirá de los pueblos civilizados?

El ex-Francisco, digo, el ex-rey... como le llaman los descontentos, jamás habia protestado contra la conducta de esos buenos servidores, que si desbaliaban y salteaban, lo hacian invocando su nombre.

A mí me habia dirigido varias veces su sonrisa... Yo habia llegado á acostumbrarme á su fisonomía, que andando el tiempo hasta me habria sido simpática.

Mi sentimiento estético habria perecido ahogado por mi lealtad á su persona. Y él... ¡oh qué poco hay que fiar en los mortales!

¡Palacio Farnesio... no lo deseo, no te aborrezco; pero he de ver papeles puestos en tus balcones!

V.

Merode, tranquilízate. Hay quien espera hacer con Antonelli lo que él ha hecho contigo. Hay un pontífice anciano; hay un Andrea activo; hay barcos esperando á las tropas francesas; hay probabilidad de que vuelva á ser necesario... Acuéstate: aun puedes hacer una evolucion política. Si no se te presenta ocasion propicia, acuérdate de que á lo menos te sucede lo que á pocos hombres políticos cuando están caídos.

Tú tienes todavía un amigo que te ama entrañablemente; este amigo es cardenal, ha sido ministro... ¿no le conoces? ¡Mirale en ese espejo, picarillo!

Al fin el pontífice necesita soldados para sostenerse en el trono; Antonelli necesita un aliado que le recomiende; Francisco necesita quien le hospede... yo para ser cardenal, no necesito á nadie.

¡Señor! en mi propia humildad encuentro mi amparo contra los tormentos de la vida. Simple cardenal, viviré oscuramente alabando tu nombre é inspirándome en tu ejemplo.

¡Eh! criados, poned la mesa!

Roberto Robert.

LOS VERDADEROS PROGRESISTAS.

Señor director:

Ha llegado el momento de hablar claro, cosa que abunda poco en la zarzuela.

Sepa Vd., y sepa todo el mundo, que á progresista no hay quien me moje la oreja.

¡Bonito es el niño!

Pero progresista como debe entenderse el progreso, como lo ha practicado Corradi, y como lo explica *El Progreso Constitucional* y otros inocentes.

Yo, que hago justicia á la imparcialidad de GIL BLAS, recurro á él para hacer saber al público que el gran día se acerca.

Y que ya ha debido llegar; pero los que se titulan gefes del progreso, tienen los ojos cerrados.

Por su ceguera, no hemos sido todavía llamados.

¡Qué insensatez, señor, qué insensatez!

Hecho este pequeño introito, permítame Vd. entrar en materia.

¿Qué es progresista? Un sér inocente, sufrido, que ha padecido por la libertad, y que pasa su vida esperando que le llamen.

Esta es la verdadera doctrina, señor director, y yo apuesto el depósito de cinco mil duros que Vd. acaba de poner en las Cajas del gobierno, á que nadie la niega.

Aquí me tiene Vd. á mí, cargado de obligaciones, y con una historia que parece un calvario.

Miliciano nacional durante la guerra civil, fui herido tres veces, prisionero cuatro; pero vino el abrazo de Vergara, y bailé de gozo, mientras mi mujer y mis hijos bailaban de hambre.

Mas tarde me llevaron á Filipinas, luego á Leganés, estuve desterrado tres años, y hoy soy amigo de los pobres, sin que mi constancia política se haya quebrantado.

Dos veces subió mi partido al poder; en 1840 por un pronunciamiento, y en 1854 por una revolucion. Lo demás del tiempo, hemos vivido en la esperanza de que nos llamen.

En esta misma esperanza vivo hoy.

¿No es verdad que soy de la madera de los verdaderos progresistas?

Con esta historia, con estas aspiraciones y con estas esperanzas, asistí el domingo á la reunion de los progresistas en el circo de Price.

Quise hablar y no me dejaron.

En cambio, Olózaga se despachó á su gusto.

Entre los verdaderos progresistas constitucionales, como un servidor de Vd., la doctrina de Olózaga no puede admitirse.

Un cónclave de siete, reunido en la redaccion de *El Progreso Constitucional*, acaba de declararlo así.

Y nada mas justo: Olózaga no espera á que le llamen, y esto es salirse del tiesto.

¡Oh, señor director, y cómo siente un buen progresista palpar de entusiasmo su pecho, cuando se susurra un cambio ministerial!

—¿Cae el ministerio?

—¡Si, cae!

—¿Y nos llaman?

—Sí, ya se dice que han llamado á Cortina; de esta hecha subimos...

Pasan algunos dias, y sube un ministerio moderado. Volvemos á reunirnos.

—¿Qué hay?

—Que en cuanto pase este ministerio, nos llamarán á nosotros.

Se repite la escena dos ó tres veces al año, y nosotros firmes en nuestros puestos.

De modo, que nosotros somos los verdaderos progresistas, y arrojamus del campo liberal á todo el que no espere á que le llamen.

Yo confío en Dios, que pronto nos llamarán; y si muero en esta dulce esperanza, no me abandonará en la última hora el consuelo de creer que, muerto yo, llamarán á mis hijos.

Soy de Vd. hasta que nos llamen atento seguro servidor Q. B. S. M.—*Un progresista constitucional.*

—Por la copia,

Luis Rivera.

LOS DIFUNTOS.

Sabrás, lector amigo, pues para que lo sepas te lo digo, que el jueves por la tarde, día de los difuntos (que Dios guarde), recordando la *clave* y los *misterios* á visitar me fui los cementerios. Soplaban el cierzo helado mas seco que las arcas del Estado, y apenas diez personas encontré en el camino con coronas, que van ya siendo raras porque duran muy poco, y cuestan caras. Hallé en las galerías muchas tumbas abiertas y vacías, y en muchos cenotafios curiosos y oportunos epitafios, de los que copio algunos, por ser los mas curiosos y oportunos:

«Varon fué de grande seso, y defendió como Vamba la doctrina del progreso; llamóse en el siglo *Camba*, que es en mogarhbí *camueso*.»

«Un peluquero aquí yace. ¡Ramon! *requies cant in pace!*»

«Al ser que aquí se enterró muchos seres adoraron, y tal su afecto pagó que entre todos lo mataron aunque él solo se murió.»

«Cubre esta losa á un civil que dió señales de vida la noche del diez de abril.»

«Aquí mora el fanatismo y en otra casa lo mismo.»

«Un congreso liberal yace en este panteon; solo hubo en él un varon digno y justo: Necedal.»

«Reposa aquí un fraile neo..... ¿que *reposa*? ¡no lo creo!»

«A quien esta tumba encierra dicen lo tragó la tierra; castigo que mereció por lo mucho que él tragó.»

«Este sepulcro que ves para un guerrero se guarda, que de tan honrado que es casi merece una albarda.»

«El mortal que duerme aquí dió al mundo cuanto tenia.... —¿Se quedó con parte?—¡Sí! —Es claro: la Lotería.»

«Este muerto fué un tunante... —no digas mas.... ¡adelante!»

Estos y otros renglones leí en cien diferentes inscripciones; el sol se oscurecia y la noche á empujones se venia, como venir se suele todo lo que amenaza, y lo que duele. Salí del cementerio pensando aun en la *clave* y el *misterio*, y hacía el Campo del Moro



EL CONGRESO DEL COLERA.

- ¿Vota Vd. por el gobierno?
- No, por la oposicion.
- Ese hombre tiene el cólera; que le lleven á la cama y que sude mucho.
- Votaré primero.
- ¡No, bárbaro, primero es la salud!

fuíme en un coche, para mas decoro.

Subimos muy despacio
las escabrosas cuestas de palacio,
y cerca de las siete
á la calle llegué del Sombrerete,
sombbrero que empleo
en saludar á ustedes, y *Laus Deo*.

M. del Palacio.

LAS OBRAS DEL DIABLO.

Cuando Dios hubo sacado el mundo de la nada y criado las plantas, los animales y los aguadores, dijo monologando, por falta de auditorio capaz de entenderlo: —Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza.

Tomó, pues, un poco de cieno, sopló para infundirle su espíritu (que no es *El Espíritu Público*) y quedó hecho y derecho.

Al verlo, soltó el diablo su carcajada: —porque el diablo es burlon como Posada Herrera é insolente como Gonzalez Brabo.

—¡Vaya una obra de gusto! exclamó en tono zumbon.

—Haz tú otro otro tanto si puedes, le dijo Dios con la calma propia de quien es Omnipotente.

—Dáme cieno y verás, replicó Luzbel. Dios, que no debió encontrar á mano *La Esperanza* ni *El Pensamiento Español*, le respondió: —No tengo cieno que darté; pero toma otra materia mejor.

Y le puso en la mano un trozo de mármol, tan grande como la paciencia de un liberal y tan duro como la mollera de un progresista dinástico.

El diablo cojió cincel y martillo, y exclamó con una jactancia digna de Alonso Martinez:

—Ahora verás lo qué es habilidad. No voy á hacer como tú un hombre mondo y lirondo: voy á hacer un héroe.

Y puso mano á la obra. —Talló, desbastó, limó, pulió sin descansar, y al cabo de muchos siglos de trabajo, gritó satisfecho de sí:

—¡Ya está!

Echó Dios una mirada á la estatua, y dijo sonriéndose:

—Piensas haber hecho un héroe, y has hecho un Zapatero.

Luzbel miró su obra mas despacio, comprendió su error, y contestó mordiéndose los labios:

—Es verdad; y lo peor es que he desperdiciado mucha piedra y mucho tiempo. Pero aun me queda para hacer un sabio.

Y volvió á empezar.

—Ahora sí! dijo pavoneándose cuando creyó haber concluido.

—¡Majadero! contestó Dios. ¿No ves que por hacer un sabio, has hecho un Amador?

—¡Voto á mí mismo! gritó Luzbel. —En fin, no importa: haré un magistrado.

—¡Bonito Corzo! exclamó Dios cuando iba la obra á medio hacer.

—¡Canario, pues es verdad! dijo el diablo deteniéndose. —Voy á tentar el último ensayo. Pocos materiales quedan; pero ¿qué remedio? haré un poeta.

—Aquella vez no fué menester que Dios le sacase de su error. El mismo conoció que habia hecho un Mozo, y no de cordel, sino de Rosales.

—Pues señor, no me canso mas, dijo soltando sus herramientas. Está visto que no acierto. Además, con este cacho de piedra que me queda apenas hay para modelar una calabaza

—Prueba á modelarla, le contestó Dios. Puede que aciertes por casualidad.

—Probemos, dijo Luzbel, volviendo á la tarea.

—¡Bravo!... ¡Muy bien!... ¡Magnífico!... ¡Sorprendente! iba diciendo Dios conforme adelantaba su obra.

Y Luzbel trabajaba sin tregua animado con tales muestras de aprobacion.

—¡Basta! ¡Ya está!, gritó Dios deteniéndole el brazo. No vayas á desfigurarla por pulirla.

Luzbel se retiró dos pasos, se restregó los ojos, miró y remiró su obra, y dijo volviéndose á Dios:

—¡Creo que se está burlando de mí! ¡Pues si en vez de una calabaza parece un hombre!

—Podrá parecer un hombre, contestó Dios, —pero es un neo. Ya ves que has acertado por casualidad.

Federico Balart.

CABOS SUELTOS.

Cementerio político.

El cielo está encapotado;
mudas las calles están;
y el monte, el valle y el prado
desiertos, como el senado
cuando perora Luxán.

¡Noche horrible! Fugitivos
de los nichos entreabiertos
donde durmieron cautivos,
para acusar á los vivos,
salen en tropel los muertos.

—¿Quién eres tú, sombra vana,
cuyo flotante cráspón
agita el aura liviana?

—Soy la Lengua Castellana

—¿Quién te mató?—Camprodon.

—¿Y tú?—Fanal de la gloria,
de los siglos que pasaron
guardé intacta la memoria.

¡Soy la historia!—¡Pobre historia!

—Rada y Trucba me mataron.

—¿Y aquel que en torno derrama
luz clara en la sombra oscura

y el pecho en su fuego inflama?

—No es el drama?—Soy el drama.

—¿Quién te mató?—La censura.

—¿Quién eres tú, joven viejo,
cuyo arrugado entrecejo
á Alonso pusiera triste?

—Soy Villoslada.—¿Y moriste...?

—De haberme visto al espejo.

—Y tú, cadáver sombrío,

tan repugnante y tan frío?

—Yo soy Gabino Tejado.

—¿Cómo has muerto?—Envenenado
con un artículo mío.

—Y tú, sombra que indignada
caminas agarrotada?

—Fui la prensa. Ya *espiché*:

si quieres saber de qué,

pregúntaselo á Posada.

El director de *El Contemporáneo*, á D. José Luis
Alvareda.

Mi querido José Luis;
yo estoy sano, tú estás bueno,
pero esto va á dar un trueno...
¡qué país! ¡ah, qué país!

La union liberal aprieta,

y reventamos de cierto;

El Contemporáneo ha muerto;
se suplica la carreta.

Por si al saberlo te exaltas,

ponte en los ojos un tolo;

murió... ¡de amor á Leopoldo!

¡Perdona sus muchas faltas!

Con argumentos mezquinos

El Español nos da un trepe...

todo se ha perdido, Pepe,

¡todo, menos los destinos!

Contestacion de Alvareda.

Ayer, cuando despertaba,

léi tu carta, chavó;

¿dices que el niño murió?

Hombre, me lo figuraba.

Alguno le morderá,

¡pacencia! ¿qué se ha de hacer?

Lo que siento es no tener

un toro que torcá.

Búscate la via, amigo,

imítame, y sin encomio,

repara que tengo un momio

que á Dios le llama de *tigo*.

Y zi argun chisgaravis

ze encara con mi escelencia,

dile tú que á consecuencia

nadie vence á *José Luis*.

Acertijos de tres duques.

¡Y va del duque primero!

señas: se acabó el dinero.

Mirés, sangre, Filipinas,

policia, bailarinas

y noche de San Daniel...

—No me digas mas: es él.

¡Y va del duque segundo!

señas: se resella el mundo;

sangre, Loja, procesion,

simulacro de anexion,

Zaragoza, caza de hombres...

—¡Ya sé quién es: no le nombres!

¡Va del tercero y no hay mas!

señas: muceta y chascás;

mucho «te quiero, te quiero»;

cartitas, requiebros; pero...

ni un huracan le menea.

¡Acertado! ¡El de la aldea!

El Papa cambia de ministros;

Inglaterra cambia de ministros;

Grecia cambia de ministros...

—¡Ay vecinos, qué felices son ustedes!

El Sr. Posada Herrera estudia asiduamente la con-
ducta del morbo asiático.

Le tiene admirado el feliz éxito con que el minis-
tro de la muerte hace la eleccion de sus víctimas por
grandes circunscripciones.

El rey de Hannover ha escrito la música de una
ópera que se titula *La Ermita del Peloponeso*.

Casi me atrevo á asegurar que será mala.

Un periódico propone la reunion en Madrid de un
congreso médico, en que se ponga á discusion el có-
lera.

Como dado caso que se reuna será cuando ya no
se acuerde nadie de semejante calamidad, GIL BLAS
anuncia desde ahora que pide la palabra para defen-
der á un ausente.

—

Noticia sana.

En el puerto de Guadarrama hay empleados en-
cargados de recoger los víveres que llevan de Madrid
los abastecedores de la Granja.

Esto se murmura,

esto se asegura

por la capital;

no falta quien dice

que todo es verdad.

Se ha observado que siempre que sale de Madrid el
ministro de Hacienda, el cólera decrece.

Suplicamos al Sr. Alonso Martinez que no vuelva
mas por aquí.

Segun estaba anunciado

y por todos esperado

para seguirnos la pista,

hubo el domingo pasado

una reunion progresista.

Olózaga estuvo fino,

Madóz un poco mohino,

Prim no cometió un esceso...

y yo decia:—¡Progreso,

sigue por el buen camino!

El gobierno bailará al son que le toquen, segun
asegura *La Correspondencia*.

Estoy deseando encontrarme con el gobierno á la
vuelta de una esquina para tocarle el *de profundis*.

—¿En qué consiste que al general O'Donnell no le
ataca el cólera? me preguntó hace dias un amigo.

—Es muy sencillo, le contesté: lleva forrado el pe-
cho con un número de *La Epoca*, y como *La Epoca* es
un periódico que no hay por donde meterle mano, re-
sulta que el cólera se dá de cabezadas contra el pecho
del general, y el general dice sonriendo: ¡no estoy en
casa!

Estos dias se suscitan grandes discusiones acerca
de la inutilidad de los médicos.

Un amigo mio me decia dias pasados:

—¿Conoces algo peor que los médicos?

—Sí, querido, le respondí al instante, los cirujanos.

—

La casa Bertran de Lis

parece que está en un tris.

—

Debe por contribuciones

mas de catorce millones.

—

Ya por la administracion

se hace la recaudacion.

—

¿Y lo que pendiente está?

—Pendiente se quedará.

—

La Correspondencia nos ha contado estos dias que
un periodista suizo ha sido condenado por un tribunal
á recibir veinte ó veinticinco palos.

Si aquí rigieran esas leyes ¡cuántos palos habria
llevado *La Correspondencia*!

—

Hacer el papel de César

quiere cierto general;

pero si el de César hace

el de Bruto ¿quién lo hará?

—

Mañana debe tener lugar la funcion de los modera-
dos en casa del duque de Veraguas, á beneficio del re-
traimiento.

Se lidiarán varios discursos.

Matarán *El Español* y *El Pabellon Nacional*.

Hará de sobresaliente *El Leon Español*.

Y *La España* de cachetero.

La guardia veterana no hará el despejo, porque la
cesantía los tiene á todos muy despejados.

Se cree que los bichos darán mucho juego.

Decian los antiguos

que cuando pitos flautas;

hoy nos dice un diario:

—«cuando pitos, metralla.»

BOLETIN COMERCIAL DE LA SEMANA.

Mercado.

Carnes.—Se van perdiendo.

Algo rroba.—Ya me figuro quién es ese Algo.

Jabon.—Bueno para resbalarse.

Vino.—Ya se irá.

Judías.—Teniendo cara y piernas, me gustan

tiernas.

Cebada.—A quien Dios se la dé, D. Cosme se la

bendiga.

Jamon.—Pónganme donde lo haya...

Pan.—Divinidad mitológica poco conocida.

Caldos.—Del puchero, y gracias.

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

ALMANAQUE CÓMICO-POLÍTICO DE GIL BLAS PARA 1866.

Un volúmen de 64 páginas en 4.º á dos columnas,
con una magnífica cubierta.

Contiene:

Juicio del año, por Manuel del Palacio.

Los cesantes de la corona, por Luis Rivera.

El camelo de la vita (ópera seria), por Eusebio

Blasco.

El sueño de Novaliches, por Luis Rivera.

Memorias de un perro, por X...

Canto polaco, por Luis Rivera.

Madrid en la mano, por Manuel del Palacio.

Los cafés de Madrid, por Eusebio Blasco.

Exámen, por el mismo individuo.

El casero del siglo XIX, por Luis Rivera.

Fragmentos por Eusebio Blasco.

Os vi rabiár, por Manuel del Palacio.

Fábula, por Roberto Robert.

De golpe y porrazo, por X...

Zodiaco ministerial, por Roberto Robert.

La corona, por Luis Rivera.

De una comedia inédita, por Eusebio Blasco.

Molicié, por Luis Rivera.

Contiene además *cuarenta y ocho dibujos*, por *Beo-*

quer, *Perea* (Daniel), y *Ortego*; y grabados por Ber-

nardo Rico.

Precio en Madrid, CUATRO REALES. En provincias,

CINCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.